



ARABESCOS

Cuentan de Leonardo que solía buscar en los casuales contornos de los desconchados de muros y paredes apoyo para la creación artística de figuras, y son muchos los que, mirando á las nubes, espían, como Carducci, fantasmas y formas en el cielo. ¿Hay algo acaso para la fantasía como ver á las nubes blancas cruzar el azul del cielo por entre la verdura de las hojas de los árboles, tendido uno, cuan largo es, en tierra blanda?

Buscaba Leonardo trampolín á su imaginación en esos arabescos del azar, y en el otro mundo, el de la palabra, cabe buscarlo en peñascos de conversaciones cogidas al azar de la marcha por caminos de hombres. ¿Es que hay más rico venero de sugerencias para un escritor que el escuchar conversaciones de niños y atesorar frases de éstos? Sólo queda rellenarlas, tupirlas de sentido.

Muchas de las sentencias que corren por el mundo brotaron de labios inocentes. Quiero decir que quien las profirió primero no les dió, ni con mucho, el sentido que hoy se les da, ó acaso no les dió sentido alguno. Fueron puras frases, ó si se quiere, frases puras.

Y he aquí por qué cabe decir que así como un hombre es más hijo de quien lo crió, educó y le puso en su puesto en la vida que no de quien lo engendrara, tal vez al descuido, así una frase no es de quien la forjó en expresión aislada, sino de quien sabe ponerla en su puesto y darle el valor que más la avalore. Y, por el contrario, se cita como profundas sentencias frases que en el contexto en que primero aparecieron no pasaban de ser disparates de sentido propio, ó lo que es acaso peor, perogrulladas de sentido común.

Como Leonardo espía los desconchados de los paramentos, así yo, cuando voy solo por la calle, suelo ir cazando al vuelo piltrafas de conversaciones, sin importarme gran cosa el conjunto á que pertenezcan.

Pasaba el otro día junto á un grupo de mozas que estaban riendo y bromeando—y al reir respiraban más hondo, lo que es muy sano,—cuando una de ellas dijo: «Pero habéis visto que Antonio se ha comido el pensamiento?» Claro está que se refería á la flor así llamada, ó por otro nombre trinitaria; pero yo cogí al punto la frase, aplicándola al pensamiento del espíritu. Y pensé que el Antonio aquél se había comido el pensamiento, no sé si mascándolo y aun rumiándolo ó solamente zampándose, y pensé también si es que acaso lo digeriría.

¿No habéis oído de un estilo que es indigesto? Mal aplicado el término de ordinario. Porque hay manjares muy indigestos, que producen cólico, pero gratísimos al paladar y que uno los saborea con delicia. ¿No se le indiges-

to la dicha á Tántalo, según Pindaro nos dice? A eso que se llama estilo indigesto debía llamársele indigestible, pues suele suceder que es para nuestro paladar como soma seca, que no hay manera de hacerlo bolo ensalivado y engullirla. Aunque luego la digiriéramos muy bien. Los cochinos, por lo menos, se alimentan muy bien con soma, y en punto á estómago no andamos los hombres muy lejos de los cochinos.

Antonio se había comido un pensamiento. Y poco después de oido esto, le apliqué el método de inversión, que recomiendo á cuantos se dediquen á juegos de ingenio. Método que consiste en invertir las frases. Algunas veces no resulta nada; pero otras, sí. Por ejemplo, una vez que oí á un hombre sentencioso, es decir, que no se expresaba sino en apotegmas, decir, refiriéndose á los viajes, que se pierde mucho tiempo en recorrer espacio, invertí la frase, sacando que se pierde mucho espacio en pasar el tiempo, lo cual no tiene más sentido que aquello otro del niño que al aprender que el metro cuadrado tiene cien decímetros cuadrados y el metro cúbico mil decímetros cúbicos, sacó que la hora cuadrada tiene tres mil seiscientos minutos cuadrados y la hora cúbica doscientos dieciséis mil minutos cúbicos. Aunque no desconfío de que en estos tiempos de espacio á ene dimensiones resulte que la hora cuadrada y la hora cúbica son algo.

Pero si de ordinario el método de inversión no da más resultado que la tracción rítmica de la lengua á los ahogados de seis ó más horas, alguna vez puede valer y debe empleársele. Pascal, hombre de antitesis como todas las naturalezas trágicamente apasionadas—otro caso es San Agustín.—lo empleaba. Y así, cuando se oye decir que el hábito es una segunda naturaleza, no hay sino invertir la frase y se saca que la naturaleza es un primer hábito. Lo cual tiene no poco que heñir. Y ahora volvamos á Antonio.

El cual Antonio se había comido un pensamiento, según dijo la moza risueña. Y yo pensé que así como se come un pensamiento se puede pensar una comida, una chuleta ó un melocotón, pongo por casos. Y como parece que pensando una cosa se la crea, he aquí un modo de crear comestibles y vitualas.

Estoy volviendo á leer una Lógica energética en que mediante el origen ó primer salto—*Ursprung*—es la palabra mágica ó abracadabrante—se saca algo de nada y se lo fija después mediante la continuidad, y luego el principio de identidad, ó sea que A es A. (No A = A. ¿eh?, porque la igualdad no es precisamente la identidad, ni sirve confundir la representación psíquica con la idea lógica.) ¿Que no lo entienden ustedes bien? No, ¿eh? Pues estudien primero cálculo diferencial é integral, que es donde estriba el secreto.

Quedé encantado de eso de crear por el pensamiento un melocotón ó una trucha frita. Pero he aquí que se me ocurrió al punto que ese melocotón sería un melocotón puro, y que estos melocotones puros, aunque no suelen ser



ni indegutibles, son indigestos, y en el peor sentido. Es decir, no que se digieran mal y produzcan cólico, sino que no se digieren de ninguna manera y salen del cuerpo como entraron en él, sin romperlo ni mancharlo.

Me aseguraba un amigo algo fantástico que tuve, que por las noches, luego de acostado y en tinieblas, se ejercitaba en fijar la vista, á ojos cerrados, en un punto cualquiera—sea *a*—hasta que aparecía allí, emergiendo de la oscuridad infinita, una manchita roja, que luego él iba con la fantasía agrandando en arabescos más sorprendentes que los que puede ofrecernos una diatómea. (Ya saben ustedes que para un decorador modernista no hay desconchados que valgan una diatómea, estos maravillosos caparazones microscópicos). Lo que quiere decir que su fantasía era puramente subjetiva, ó sea infinitesimal. Y ni el caleidoscopio le igualaba.

Alguno de mis lectores que hayan leído á Dickens recordará aquel infortunado Pablito Dombey, heredero de la Casa Dombey é Hijo, que en la escuela de Mr. Blimber se encontró como con problemas para él abiertos si veinte Rómulos hacían un Remo, si *hic haec hoc* era de peso legal, si un verbo concierta siempre con un antiguo británico, ó si tres veces cuatro era *taurus*, un toro. Y hubo entre nosotros un sabio enciclopédico español que halló la fórmula de la vida así: $V = C \times I$. Es decir, que la Vida es igual al Cosmos por la Energía Individual. De donde se deduce esto otro:

$\frac{V}{C} = I$, ó sea que la Vida dividida por el Cosmos da la Energía Individual, y $\frac{V}{I} = C$,

ó que la Vida dividida por la Energía Individual da el Cosmos.

Cuando oigo ciertas comparaciones como v. g.: Camoens es el Homero de Portugal, al punto se me ocurre:

Camoens : Portugal :: Homero : Grecia.

Y deduzco que Camoens multiplicado por Grecia y partido por Portugal da Homero, ó que Portugal multiplicado por Homero y partido por Camoens da Grecia.

¿A qué continuar?

Vengamos, pues, á la moraleja que hasta los más caprichosos y al parecer inestructivos arabescos la tienen. Y la de éstos es la vieja sentencia: toda comparación es odiosa. Y además absurda. Llamarle á uno el Pindaro español, v. gr., es hablar de una hora cuadrada.

Miguel de Unamuno.

